

zón, cuando las pasiones no han tiranizado esos derechos, se ha esforzado la razón en dar al culto esa forma de majestad y de grandeza que constituye la obra más perfecta de la inteligencia y del talento. Nada nuevo ha tenido necesidad de introducir la Religión cristiana; no ha hecho más que purificar y perfeccionar lo ya existente; nada ha inventado. Los que creen estar al corriente en sus deberes, porque se dignan admitir con palabras la existencia de Dios, sin creerse obligados á concurrir á su culto con sus obras, deben apelar á la Religión y Razón naturales para ver si obran conforme á ellas, no á la Revelación. Porque según el testimonio de la razón y el consentimiento unánime de la humanidad, nuestra naturaleza humana nos obliga, con respecto á Dios, á la acción de gracias, á la oración, al amor, á la sumisión, al sacrificio, y especialmente á la adoración exterior.

En este punto, como en otros muchos, no ha hecho otra cosa el Cristianismo que testificar que él es la verdadera Religión de la naturaleza y de la razón. Él nos enseña que no basta ese culto interior que tiene su asiento en la inteligencia y en el corazón; sino que es necesario un culto adaptado, lo más perfectamente posible, á la naturaleza del hombre, un culto que se dé á conocer en forma sensible.

Quien rechaza esta exigencia del Cristianismo, no puede hacerlo sin desoir la voz de la razón y de la naturaleza humana.

6. *c) La inmortalidad del alma.*—La tercera verdad que de manera incontestable nos enseña la razón, es que nuestra alma, creada á imagen de Dios, es inmortal como su Criador.

Es la inmortalidad del alma, una de esas verdades que en sí misma puede y debe hallar la razón humana, una verdad á la que está firmemente adherida en todos los tiempos y en todos los lugares. Es cierto que en ese punto cayó en muchos errores la religión ordinaria de los pueblos, y que sufrió también muchísimas violencias que obli-

garon á decir á Aristóteles: «Está dividido y no es seguro el juicio de la mayor parte de los hombres sobre la inmortalidad ó la no inmortalidad del alma». ⁽¹⁾ Los mismos filósofos, que con más ahinco defienden la inmortalidad del alma, tales, como Sócrates y Cicerón, nos hacen dudar muchas veces del modo cómo debe comprenderse esa inmortalidad. Pero es innegable que era general la creencia en la inmortalidad; daremos las pruebas, cuando tratemos de la remuneración del *más allá*. Lo que daba margen á la duda, no era precisamente la inmortalidad del alma, sino el cómo de esa inmortalidad, la forma en que debía continuarse la vida en el *más allá*.

Es verdad que los griegos, como muchos de nuestros cristianos insubstanciales, en la vida ordinaria se preocupaban poco de la inmortalidad del alma; testigo, Herodoto. Por eso, al ver la seriedad con que los orientales, y particularmente los egipcios, consideraban ya aquí abajo la persistencia de esta vida después de la muerte, pudo creer que era egipcia de origen la creencia en la inmortalidad del alma. ⁽²⁾ Pero, no; esta doctrina no es egipcia, ni persa, ni india, ni peruana, ni judía; es, como dijo muy bien Cicerón, «universalmente humana». ⁽³⁾

Como excepción de todo lo que hay de más noble en la humanidad, en esta fe unánime, no hay más que espíritus semejantes á aquellos griegos degenerados que no se avergonzaron de manchar las tumbas de sus parientes más próximos con aquellos chistes vulgares y malsonantes que la Antología nos ha conservado desgraciadamente en muy gran número. Y, ¿quién querrá dar valor al testimonio de aquellos fisgones sin convicción y sin moral, para substituirlo á la gran voz de todo lo que hay de bueno en la humanidad? Aquellas burlas deben contribuir á dar testimonio de la verdadera razón más digna y más santa. «En las antiguas y venerables edades, dice Cicerón, se daba

(1) Aristóteles. *De sophist. elenchis*, 17, 19.

(2) Herodoto, 2, 123, 2.

(3) Cicerón. *Tuscul.*, 1, 3.

más importancia á la fe en la inmortalidad, que en los días de falta de gravedad en que vivimos. Es mucho más honroso considerar la seriedad con que escuchaban los antiguos la verdadera y digna voz de la fe de la humanidad», ⁽¹⁾ que ver la impiedad de siglos corrompidos y degenerados.

7. *d) La distinción entre el bien y el mal.*—El cuarto conocimiento que de la razón recibe el hombre, es la diferencia entre el bien y el mal.

Enseñándonos á conocer á Dios como el espíritu más elevado, más santo y más justo, nos dice la razón que es bueno lo que está en armonía con su naturaleza y con su voluntad; que es malo lo que con ellas está en oposición; por eso todos los hombres y todos los pueblos han conocido la diferencia entre el bien y el mal, si bien se han equivocado en cuanto á su aplicación y sus pormenores. Mas no hay por qué maravillarse de que en semejante materia se hayan introducido los más graves errores. Si con tanta frecuencia se extravía el espíritu del hombre en cosas puramente abstractas que no le imponen ni deberes ni sacrificios, comprensible es el error cuando se trata de cuestiones prácticas que tocan tan de cerca á las pasiones.

Considerando al hombre tal cual es hoy, podemos ver en él grandes y numerosas alteraciones de la verdad.

Mas á pesar de todos esos errores prácticos, la fe en que sólo es bueno lo que está conforme con la voluntad divina, y malo lo que á esa divina voluntad se opone, jamás ha permitido que la despojase del derecho de reinar en el corazón de los hombres. Respecto de esto nadie ha hablado mejor que Eudemo de Rodas. «Quieren muchos, dice, que se haga el bien; pero consideran como tal lo que agrada á su naturaleza. Y como el médico tiene ciertos principios, según los cuales puede juzgar, sin engañarse, si un individuo está sano ó enfermo, así hay una regla fija y sublime para conocer lo que es bien y lo que es mal:

(1) Cicerón.—*Amicit.*, 4.—*Tuscul.*, 1, 12.

esta regla es la razón; hallamos en ella algo que manda, y algo que, como el dependiente, debe obedecer á las prescripciones recibidas. Pero el que manda no es otro que Dios; mas no quiere decir esto que Dios manda directamente en nuestra razón y la obliga á obrar. ¡No! Quien manda es la inteligencia; pero reconociendo á Dios como causa. Donde quiera que haya un bien que hacer, diríjase primero una mirada á Dios, y se hará bien la elección. El mal consiste en todo lo que sea obstáculo á las consideraciones que á Dios debemos, ya por exceso, ya por defecto». ⁽¹⁾

Ved ahí unas palabras de oro; nos dan irrefutable prueba de la verdad enseñada por el Apóstol, cuando decía: «Cuando los gentiles que no tienen ley, hacen naturalmente las cosas de la ley; estos tales que no tienen ley, son ley á sí mismos». ⁽²⁾ Nadie puede librarse de esta ley negándola. Cuando ha rechazado alguien la ley cristiana, queda él siempre sobre sí mismo, ó más bien en sí mismo, siendo la ley que pregona su razón, y de la cual no podrá jamás desprenderse, mientras no reniegue de esta facultad. Y ¿qué consigue? Ha rechazado la ley de Cristo, esta ley con la cual podía justificarse cien veces ante el soberano juez, diciéndole: «No la conocí, no la comprendí bien (porque es siempre fácil encontrar excusas, cuando se trata de una ley positiva). Pero ¿qué excusa podrá invocar, cuando se le juzgue según la ley que lleva siempre consigo, según la ley escrita con caracteres indelebles en su propia razón?

Por eso será esta razón la causa de más severo juicio en cuanto al bien ó en cuanto al mal que hubieren hecho los que con tanto orgullo apelaron á ella sola. «Si hubierais sido ciegos, les dirá el Maestro, no tendríais pecado; mas ahora porque decís: Vemos; por eso permanece vuestro pecado». ⁽³⁾

8. *e) El juicio y la sanción eterna.*—En fin, el quin-

(1) Eudemo. *Moralia*, 7, 15, 7. 12 y sig.

(2) Romanos, II, 14.

(3) S. Juan, IX, 41.

to testimonio irrecusable que nos trae la razón, es la remuneración de la otra vida.

Si hay un Dios justo y omnipotente; si entre el bien y el mal hay una diferencia que no debe su origen al agrado de los hombres; si, en fin, continúa viviendo el alma después de la muerte, debe haber en la otra vida un juicio y una recompensa. Porque si hay una verdad que de tan universal manera prueban los eternos lamentos y los incessantes reproches de los hombres, honor que rara vez ha merecido verdad alguna, es que aquí abajo no siempre encuentra el bien su verdadera recompensa, como no siempre encuentra el mal su castigo completo.

De ahí viene el que en sus concepciones religiosas y en sus fábulas populares han testimoniado todos los pueblos de todas las edades el particular interés que les inspiraba la suerte de los que habían penetrado en el *más allá*. La historia de la visita que hicieron á los infiernos Ulises y Eneas, despertó entre los lectores de Homero y de Virgilio tan grande interés, como las aventuras de San Brandán y la Divina Comedia en la Edad Media. Los pormenores con que refiere Plutarco la conversión de Tespesio de Soli, que, después de su muerte, vivió tres días en los infiernos en medio de los tormentos de los malvados, y que, vuelto al mundo, hizo muy diferente vida, demuestran que no se edificaban menos los antiguos con aquella leyenda, que los piadosos é ingenuos contemporáneos de las Cruzadas con el relato de Tundal ó con el Purgatorio de San Patricio. Tampoco podemos dudar que las fábulas de Minos, el juez de los muertos, y el suplicio de Tántalo y de Sísifo hicieron con frecuencia saludable impresión en los corazones bien dispuestos, triunfaron de numerosas tentaciones, contribuyeron á la expiación de más de un pecado y determinaron á hacer el bien.

Cuando examinamos la vida de los antiguos, y entre las seducciones de que eran víctimas, los vemos ejecutar tantas acciones heroicas, nos sentimos obligados á atribuirlo á la poderosa influencia que en ellos ejercía la fe en

el juicio y en la remuneración del *más allá*. Era el único pensamiento que les ofrecía un contrapeso á los seductores ejemplos que les daban sus vergonzosas divinidades. ¿Qué hubiera sido de ellos en una idolatría semejante, si no los hubiera salvado la fe en una justicia eterna? Es cierto que hay pocos pueblos que la hayan comprendido con tanta seriedad como los Egipcios, cuyas enseñanzas sobre el juicio después de la muerte eran ya conocidas de los antiguos ⁽¹⁾ y que nos son reveladas hoy con toda su pasmosa autoridad, cuando se han podido descifrar sus descripciones funerarias. ⁽²⁾ Pero la misma idea se formaron todas las grandes naciones de la antigüedad; testigos son los indios ⁽³⁾ y los Persas. ⁽⁴⁾ Y no hay hombre reflexivo y sensato á quien no produzca impresión profunda esa creencia en el juicio y en la recompensa.

Nadie duda tampoco de que hay muy seria moralidad en la magnífica fórmula con que en nombre de la eterna remuneración hacían sus juramentos los jefes de los guerreros que sitiaban y defendían á Troya:

«Júpiter, nuestro Padre, Soberano del Ida, Dios gloriosísimo y grandísimo, Sol que todo lo ves y todo lo oyes;
Ríos, tierra y vosotros que después de la muerte de los hombres,
Castigáis rudamente en el infierno al que hace juramento falso,
Sed ahora nuestros testigos, nuestro apoyo y los guardianes de nuestra fe jurada». ⁽⁵⁾

¡No! no podemos dudar de que la idea del juicio después de la muerte ejerció gran influencia moralizadora en el pueblo, cuyas creencias nos ha conservado Platón en una encantadora descripción que es bien conocida. ⁽⁶⁾ «Si es inmortal el alma, dice, exige que se la cultive, que se tenga cuidado de ella, no solamente en el tiempo que llamamos

(1) Diodoro, I, 92, 3 y sig.—Porfirio, *De abstinentia*, 4, 10.

(2) Vigouroux. *La Bible et les découvertes modernes*, III, 121.—Uhlmann. *Æg. Alterthumskunde*, II, 220.—Fischer. *Heidenthum*, 272.

(3) Muir. *Original Sanscrit texts*, V, 305.—Cf. Müller. *Essays*, I, 45.

(4) Spiegel, *Iran. Alterthumskunde*, II, 82, 90.—Fischer, *Heidenthum* 127, 154.

(5) Homero. *Il.*, III, 276, XIX, 258.

(6) Nägelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 28-43.

vida, sino también en el tiempo que le sigue, esto es, en la eternidad; pues, á poco que reflexionéis, podréis comprender cuán peligroso es despreciarla. Si fuera la muerte la disolución de todo, no sería poca ventaja para los malvados verse, después de la muerte, libres de su cuerpo, de su alma y de sus vicios, y puesto que el alma es inmortal no puede librarse de sus males, ni salvarse sino siendo muy buena y muy sabia, porque no llevará consigo sino sus buenas y sus malas obras, sus virtudes y sus vicios, que serán la causa de su felicidad ó desgracia eterna, que comienzan apenas llega á los infiernos. Y se dice que después de la muerte de cada uno, el genio que ha estado encargado de él durante la vida, le conduce á un lugar donde se reunen todos los muertos, para ser juzgados. ⁽¹⁾ Cuando llegan los muertos al lugar á que los conduce el demonio, todos son juzgados, ya hayan llevado una vida santa y justa, ya hayan encanecido en la injusticia y en la impiedad. Los que han envejecido sin haber sido ni enteramente criminales ni enteramente justos, sufren penas proporcionadas á sus crímenes, hasta que, purgados y limpios de sus pecados, y puestos en seguida en libertad, reciben la recompensa de sus buenas obras. Los que son considerados incurables, vista la magnitud de sus pecados, de sus sacrilegios y de sus asesinatos ó de otros crímenes semejantes, son precipitados por el fatal destino que los juzga, en el Tártaro de donde no saldrán jamás. ⁽²⁾ Es necesario trabajar por adquirir la prudencia y las demás virtudes, porque se nos ofrece una magnífica esperanza, y es noble y preciosa la recompensa que esperamos». ⁽³⁾ Así habla Platón. Y sobre esto mismo da una regla digna de la más alta consideración el siguiente hermoso proverbio indio:

«De juventud dichosa en la mañana
Trabaja, joven, y la tarde alegre
Harás de la vejez: en el destierro

(1) Platón, *Phædo.*, LVII, p. 107.

(2) Platón, *Phædo.*, LXII, p. 113.

(3) Íd., íd., LXIII, p. 144.

Hoy vives, y mañana eternos goces
Serán tu recompensa merecida». ⁽¹⁾

9. Razón y fe.—En presencia de tales testimonios, ¿cuál debe ser la conducta del doctor y del predicador cristianos? Citarlos sin comentarios. ¿Qué objeciones pueden presentar los que apelan á la razón natural contra la revelación cristiana? ¿Podrá suceder que se armonicen demasiado bien con la fe? ¿son testimonios? ¿Y puede ser que calle la verdad la razón, cuando la aprueba la fe? ¿Y no es verdad de fe y razón, cuando están las dos acordes sobre el mismo punto? ¿Y es posible abusar más indignamente de la razón refiriéndose á ella con el único fin de que se burle de la fe y que la rechace en el momento en que van á estar las dos de acuerdo? ¿Puede cometerse mayor falta ni cargar con más grave responsabilidad pidiendo consuelos á la razón, únicamente en odio á la fe? ¿No es cargarla de cadenas, oponerle obstáculos é impedir la libertad de sus movimientos? Es, lo que hacen los que pretenden apoyarse solamente en la razón, los que no admiten sino lo que ella prueba, los que rechazan la fe porque la avasalla y se opone á su desarrollo, los que le atribuyen un poder infinito y un ilimitado campo de acción. Sin embargo nada hay allá dentro de que deba avergonzarse la fe. Es, por el contrario, un elocuente alegato en su favor, si los que la combaten no pueden tener satisfactorios resultados, sino despojando á la razón de su libertad, é imponiéndole silencio.

¿Dónde están, pues, los verdaderos representantes de la razón? ¿qué pensar de los que, para escapar al precepto de creer, pretenden no juzgar sino por ella? ¿Podemos tomarlos en serio, ó suponerlos animados de sincero amor á la verdad? ¡No! perdonémos los interesados este juicio que formamos de ellos. Y si hablamos así, es porque tenemos pruebas y argumentos positivos de lo que afirmamos.

Conocimos á un sacerdote que no estaba más que medianamente instruído, pero que tenía gran facilidad para

(1) Fritze, *Indische Sprüche*, 177.

la refutación. El tal sacerdote viajaba en un vapor por el lago de Constanza. Entre los compañeros de viaje había dos caballeros que quisieron aprovechar la ocasión para ponerle en ridículo, lo mismo que á su fe de carbonero, ante la muchedumbre que se había aglomerado en el puente; pero les salió mal la empresa. Provocado, se subió el sacerdote á un bocoy próximo, para que le escuchasen mejor los que se apresuraron á rodearle con la esperanza de asistir á una derrota de la fe, y pasó inmediatamente de la defensa al ataque.—Estamos en un buque, ¿no es cierto?—dijo.—¡Sí! —¿No es cierto que se mueve el buque?—Naturalmente.—No se mueve sólo el buque, ¿le pone en movimiento la máquina?—¡Sí! iba á responder por tercera vez el provocador, cuando su compañero, que era presa ya de la ansiedad, le dijo: «Di que no, sino estás cogido; créeme, lo verás». Pero parecía aquello demasiado fuera de razón, y el espíritu fuerte dijo: «¡Sí!».—¡Muy bien! dijo el sacerdote, no se ha hecho á sí misma la máquina; ¿es obra de un espíritu inteligente y reflexivo?—¡Sí!—Y hecha la máquina, ¿se hubiera puesto en movimiento, si no le hubiera impreso este movimiento otro espíritu inteligente y superior?—¡No!—Y puesta en movimiento, conduciría el buque á su destino, si no dirigiese esa máquina otro espíritu inteligente y más poderoso?—¡Cierto que no!—¡Pues bien! ¿no es cierto que este gran mundo es una máquina mucho más grandiosa, mucho más complicada que esta cascarilla de nuez que boga sobre el lago?—¡Sí!—Entonces, ¿admitís que un espíritu mucho más inteligente, mucho más elevado, mucho más poderoso que el primero ha presidido á la fabricación, al movimiento impulsivo y á la dirección de esa gigantesca máquina, sin el cual ni existiría ni podría moverse, ni llegaría jamás á su fin?—¡Sí y con mayor razón!—«Mira ahora lo que dije, le apuntó otra vez el amigo, cortándole la palabra: Te han pillado; ¿por qué comenzaste diciendo que sí? Los que ceden una vez ante estos botarates, están perdidos», y se retiró furioso. Era uno de aquellos para quienes ha dicho estas palabras

el Espíritu de Dios: «No quiso tener inteligencia para hacer el bien». (1)

«Á aquellos hombres faltaba el amor á la verdad». (2) Se enojó el pobre hombre con su amigo por haber dado la razón al sacerdote en un punto tan insignificante. Es verdad que su cólera no tenía por objeto ni al amigo ni al sacerdote, sino á la verdad y á la razón. He aquí el significado de estas palabras groseras: «El que siguiendo á la razón, da sincero testimonio de la verdad, debe someterse en definitiva á la fe, y reconocer la revelación, suponiendo que permanezca consecuente y leal y que se someta de buen grado á cada nueva exigencia de la verdad y de la razón, como si se hubiera ya sometido la primera vez».

La mejor escuela preparatoria de la fe es el buen uso de la razón.

10. Es más difícil vivir según la razón que según la fe.—El que es sincero para con la verdad y para con la razón, no encontrará dificultades en la fe. La fidelidad á la voz de la razón, la pronta sumisión á la verdad conocida, venga de donde viniere, conducen fácilmente á la aceptación de la revelación. Es verdad que á veces se encuentra con dificultades el corazón del hombre. Por eso decimos de intento: Sólo el corazón encuentra semejantes dificultades, y no es inaudito el caso. Donde no las encuentra el corazón, menos las halla la inteligencia. Pero la mayor parte de las veces las dificultades no alcanzan al lado sobrenatural de las verdades de fe: se quedan en el lado natural que nos hace conocer la razón. La fe no nos ofrece, si vale la expresión, más que promesas consoladoras. Á la religión natural pertenecen casi todas las verdades que nos imponen deberes, victorias y combates. Mientras San Pablo predicaba á Félix la fe de Jesucristo, nada tuvo éste que oponer; se puso á temblar cuando le habló de la justicia, del juicio y de la caridad; entonces lo despidió. (3) Es

(1) Psalm., XXXV, 4.

(2) II Thessal., II, 10.

(3) Act. de los Apóstoles, XXIV, 24 y 25.